

Lafuente, E. (1987) Los orígenes de la Psicología científica en España: Las «Lecciones sumarias de Psicología», de Giner de los Ríos. (Los orígenes de la Psicología experimental en España: El Dr. Simarro, Eds Campos Bueno, J.J. y Llavona, R), *Investigaciones Psicológicas*, 4, 165-187.

## *Los orígenes de la Psicología Científica en España: Las “Lecciones sumarias de Psicología”, de Giner de los Ríos*

Enrique LAFUENTE

*Universidad Nacional de Educación a Distancia*

En su excelente libro sobre *La psicología contemporánea*, J. Vicente Viqueira incluía una «breve noticia acerca de la *Psicología experimental de España*» en la que, por lo que hace a sus orígenes, destacaba sobre cualesquiera otros dos nombres. Uno, desde luego, el del «eminente neurólogo y psiquiatra Luis Simarro y Lacabra», a quien consideraba el «primer representante de la Psicología experimental en España»<sup>1</sup>. Muchos se han ocupado ya, y habrán de ocuparse todavía a lo largo de estas Jornadas, de la significación psicológica e histórica de Simarro. Permítaseme a mí recordar, en cambio, el otro nombre: el de Francisco Giner de los Ríos, cuyas *Lecciones Sumarias de Psicología* pasan por ser el primer escrito que en España se hace eco de los desarrollos de la nueva ciencia psicológica europea<sup>2</sup>. Esta consideración, unida a la de la indudable influencia que Giner ejerció sobre la cultura española de su tiempo —a ella atribuye Viqueira además, no se olvide, la creación de la cátedra de Psicología Experimental que habría de ocupar Simarro<sup>3</sup>— hace de su figura y su obra elementos indispensables para comprender la situación de la psicología en España en la época de Wundt.

Ahora bien, si se repara con algún detenimiento en los testimonios que han llevado a consolidar la opinión de que las menciona-

---

<sup>1</sup> VIQUEIRA, J. V., *La psicología contemporánea* (2.ª ed.), Barcelona, Labor, 1937, p. 51.

<sup>2</sup> Cfr., por ejemplo, VIQUEIRA, J. V., *op. cit.*; NÚÑEZ, D., *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Túcar, 1975; CARPINTERO, H., «La psicología española: pasado, presente y futuro», *Revista de Historia de la Psicología*, 1 (1980), pp. 33-58.

<sup>3</sup> VIQUEIRA, J. V., *op. cit.*, p. 51.

das lecciones ginerianas ocupan un lugar crucial en la historia del pensamiento psicológico español del último cuarto de siglo pasado, puede observarse que todos ellos son afirmaciones realizadas sobre la base de la «advertencia preliminar» que en ellas inserta su autor; en la cual afirma éste haber completado «el punto de vista antropológico» de la primera edición con los «progresos que en los últimos años han realizado la Antropología, la Fisiología psicológica, y la novísima Psicofísica (merced a los trabajos de Wundt, Fechner, Lotze, Helmholtz, Spencer y tantos otros como han contribuido a ensanchar los horizontes de la Psicología propiamente dicha)»<sup>4</sup>.

Atender sólo, sin embargo —como se ha solido hacer— a esta afirmación preliminar de las *Lecciones Sumarias* puede dar lugar a no pocos equívocos acerca del contenido real de las mismas. Porque los nombres mencionados son, sin duda, sumamente significativos como representantes de las nuevas corrientes de la psicología mundial; podría pensarse que Giner, al incorporar sus aportaciones, pretendía sumarse a la misma orientación y dar a su obra, por tanto, el carácter de un manual elemental de «nueva psicología».

No debe pasarse por alto, empero, que lo que Giner explícitamente se propone no es sino *completar* el punto de vista expresado en la primera edición de sus lecciones; el cual, «principalmente inspirado en Krause y Sanz del Río, Ahrens y Tiberghien», era considerado por su autor «perfectamente compatible... con aquellos progresos»<sup>5</sup>. ¿Cómo era posible, sin embargo, conjugar la orientación puramente especulativa de la psicología krausista con la científico-experimental de la nueva investigación psicológica? Responder a esta pregunta exige realizar una comparación detallada de las dos ediciones de las *Lecciones Sumarias de Psicología*, sin la cual una valoración efectiva de la novedad y alcance de la segunda —y, por tanto, de la psicología gineriana en general— carecerá del debido fundamento.

En este trabajo nos proponemos, por tanto, revisar primero la concepción que tiene Giner de la psicología, así como el tratamiento que da a los grandes temas de la misma en la primera edición de su obra psicológica por excelencia, las *Lecciones Sumarias de Psicología* (1874), donde los desarrolla de una manera sistemática; en segundo lugar, destacaremos aquellos aspectos que incorpora su segunda edición (1877) y que representan alguna novedad respecto de su tratamiento en la primera; finalmente, realizaremos un ensayo

---

<sup>4</sup> GINER DE LOS RÍOS, F., *Lecciones Sumarias de Psicología* (2.ª ed.), Madrid, Imp. de Aurelio J. Alaria, 1877, p. VII. En lo sucesivo citaremos esta obra de Giner con la abreviatura LS 1 o LS 2 —según nos refiramos a la 2.ª o a la 1.ª edición (Madrid, Imp. de J. Noguera, a cargo de M. Martínez, 1874) de la misma— seguida del número de página.

<sup>5</sup> LS 2, VII.

de valoración de la psicología gineriana a la luz de las dos grandes alternativas que la «nueva psicología» planteaba al pensamiento psicológico de la época.

### I. Las «Lecciones Sumarias de Psicología»<sup>6</sup>

Las *Lecciones Sumarias de Psicología* componen un libro pequeño, esquemático, «casi un catecismo»<sup>7</sup>, como se ha dicho aludiendo a su brevedad y presentación dogmática. En ellas recogió Giner el contenido de sus clases en la Escuela de Institutrices, en las que procuró sintetizar su pensamiento psicológico planteando, en trabazón coherente, los temas y problemas de la psicología que consideró fundamentales.

Publicadas por primera vez en 1874 —el mismo año, por tanto, que las obras de Brentano y Wundt que habrían de ser decisivas para el futuro de la psicología—, las *Lecciones Sumarias* se adscriben decidida y explícitamente a una orientación krausista de pensamiento. Desde el primer momento, en efecto, expresa Giner su intención de ofrecer «un sumarísimo compendio, no de propias investigaciones, sino de la doctrina más sana y autorizada, expuesta principalmente en las obras de Krause y Sanz del Río, Ahrens y Tiberghien»<sup>8</sup>. Por si ello no fuera suficientemente indicativo de la perspectiva doctrinal adoptada, las obras a que Giner remite «para un estudio más amplio de la Psicología en general» son todas de autores cuya filiación krausista es bien notoria: Romualdo Alvarez Espino, Federico de Castro, Guillermo Tiberghien, Enrique Ahrens, Julián Sanz del Río y Nicolás Salmerón<sup>9</sup>.

Pues bien, ¿qué perfil presenta la psicología desde la atalaya krausista en que Giner se instala? ¿Cuáles son sus grandes temas y cuál el modo de abordarlos? Veamos, ante todo, su idea de psicología, los rasgos que la definen como saber.

### II. La idea de psicología

Giner concibe la psicología como una ciencia del alma<sup>10</sup>; y esta definición, que no parece ir más allá de lo que la propia etimología del término revela, tiene sin embargo, en el contexto krausista en que es utilizada, un contenido bien definido.

<sup>6</sup> Para un mayor desarrollo de las cuestiones tratadas en este epígrafe y en el siguiente, ver LAFUENTE, E., «La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas», *Revista de Historia de la Psicología*, III, 3 (1982), pp. 247-269.

<sup>7</sup> CARPINTERO, H., *op. cit.*, p. 47.

<sup>8</sup> LS 1, 1.

<sup>9</sup> LS 1, nota 13.

<sup>10</sup> LS 1, 1.

Para empezar, el concepto de *alma* anuncia ya los temas principales a los que, en una primera aproximación, el psicólogo deberá enfrentarse. Porque el alma que va a constituir el objeto de la psicología krausista no es simplemente el espíritu, sino el espíritu *humano*, y ello implica su vinculación a un cuerpo del que va a recibir influencias diversas. La idea krausista de alma, pues, lleva consigo la de un espíritu *con* un cuerpo, sujeto en alguna medida a las determinaciones de éste. El espíritu, el cuerpo y la relación entre ambos se presentarán como los temas fundamentales de la «Psicología General» gineriana, según se desprende de la idea misma de su objeto.

Por otra parte, su condición de *ciencia* impone al conocimiento del alma unos caracteres muy precisos. Se tratará ante todo de una disciplina *filosófica*<sup>11</sup>, por paradójico que ello pueda parecer desde una consideración actual. No hay contradicción, en efecto, entre ciencia y filosófica en el pensamiento krausista; por el contrario la ciencia, para serlo verdaderamente, ha de ser filosófica. Ello no quiere decir sino que debe orientarse a conocer lo esencial y permanente de su objeto, y ése es, desde luego, el tipo de conocimiento al que sobre el alma aspira la psicología.

La psicología, además, deberá ser considerada como una ciencia *particular*, esto es, una parcela de la ciencia toda, que los krausistas conciben como organismo articulador en una unidad superior de todas ellas. No obstante, la psicología poseía en el pensamiento krausista una dignidad especial por cuanto era considerada como la ciencia primera en el orden del conocer. Esto le otorgaba un cierto papel fundamentador que explica, a mi juicio, la atención que los krausistas, tanto los ortodoxos como los krausopositivistas posteriores, prestaron siempre a la psicología<sup>12</sup>.

La psicología se caracterizaba también por ser una ciencia *empírica*, lo que, desde la perspectiva krausista, no se contradecía con su carácter de ciencia filosófica. Porque los aspectos permanentes de la realidad del alma, que son lo que hace filosófico al conocimiento psicológico, sólo se patentizan en la intimidad de la conciencia del sujeto cuando éste vuelve reflexiva y sistemáticamente su atención sobre ella<sup>13</sup>. La psicología gineriana se configura, pues, como una ciencia introspectiva en la que la conciencia se erige en fuente principal de sus datos.

Finalmente, la psicología tendrá un carácter *sistemático* entre otras razones por esta fundamental: el conocimiento científico debe ser adecuado a la naturaleza de su objeto, y para los krausistas la

<sup>11</sup> LS 1, 3.

<sup>12</sup> LAFUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», *Estudios de Psicología*, 1 (1980), pp. 139-147.

<sup>13</sup> LS 1, 10.

realidad toda es sistemática. Y ello no sólo porque todas las cosas forman un organismo jerárquicamente ordenado bajo la suprema unidad del Ser-Dios, sino también porque cada una de ellas revela una estructura de relaciones internas de índole asimismo sistemática.

Pues bien, este engranaje interior o estructura sistemática interna de cada cosa con las partes que la integran se expresa en lo que los krausistas llamaban el *plan* de la ciencia<sup>14</sup>, esto es, un orden invariable que debe presidir la investigación y exposición de los contenidos de la misma, según el cual toda ciencia particular habría de desarrollarse en tres partes: una parte *general* o primer acercamiento a su objeto de estudio, en el que éste se considerase en lo que pueda tener de unitario; una parte *especial*, en la que se estudiarían las partes o elementos que pueden distinguirse en él; y una parte *orgánica*, en la que se destacarían las relaciones entre las partes, permitiendo una nueva contemplación del objeto como totalidad integrada.

De acuerdo, pues, con las prescripciones impuestas por el plan de la ciencia, la psicología gineriana se desarrolla previsiblemente en tres partes. La *Psicología General* realizará el «análisis del alma en su concepto de unidad»; la *Psicología Especial* estudiará «las tres actividades particulares en que se desenvuelve y cumple su destino: el pensar, el sentir y el querer»; y la *Psicología Orgánica* considerará finalmente «la unión orgánica de ambos términos»<sup>15</sup>.

### III. La Psicología General

La Psicología General gineriana se ocupa de tres grandes temas: el espíritu, el cuerpo y el hombre, que no son sino los aspectos que toma el Yo en una primera aproximación reflexiva, científica, sobre él. Sin que nos sea posible mostrar aquí la trabazón sistemática con que la exposición de Giner va conectando unas ideas con otras, señalaremos, al menos, algunas de las más salientes, para que pueda seguirse, así, en sus rasgos principales, su hilo argumental.

1. El *espíritu* es para Giner, en línea con otros pensadores krausistas, un ser sustantivo, unitario y total cuya existencia se despliega en dos momentos opuestos: uno *permanente*, que expresa la inmutabilidad de la naturaleza espiritual, y otro *mudable* o temporal, que refleja la constante variedad de sus estados. La *vida* del espíritu consiste en la armonización de estas dos propiedades aparentemente contrapuestas; en otras palabras, vida es la propiedad del espíritu por la que éste, permaneciendo inmutable e inagotable en su esencia,

<sup>14</sup> LS 1, 148.

<sup>15</sup> LS 1, 9.

despliega la misma en estados diversos <sup>16</sup>. El espíritu aparece entonces como *fundamento* y *causa* de los estados particulares en que se manifiesta su esencia; aparece también como *facultad* o posibilidad de actuar antes de que cada acto sea efectivamente realizado; y como *actividad* que hace efectivos esos estados en que se determina temporalmente su esencia.

Una mayor determinación reflexiva del espíritu conducirá a verlo como pensamiento, sentimiento y voluntad, temas que corresponden, sin embargo, a la segunda parte o Parte Especial de la Psicología.

2. El *cuerpo* aparece en la psicología gineriana y krausista revestido de un doble carácter: por un lado es parte del Yo, expresión máxima de una de sus propiedades fundamentales, la totalidad, así como el espíritu representaba la expresión máxima de otra de ellas, la sustantividad o mismidad. Los krausistas pretendían zanjar definitivamente los problemas derivados del dualismo psicológico haciendo del espíritu y del cuerpo meras «expresiones» distintas de la unidad del Yo.

Pero, por otra parte, el cuerpo aparece como «lo otro que Yo», lo que no soy «yo mismo», en rigor. El «yo mismo» es más bien el espíritu; de ahí que Giner aplique el nombre «Yo» preferentemente a éste: yo soy, en definitiva, espíritu; el cuerpo no es propiamente Yo, sino únicamente *mío* <sup>17</sup>.

La reflexión revela la «íntima unión» del espíritu con el cuerpo, pero poco más. El hecho más llamativo cuando se atiende al cuerpo para determinar reflexivamente sus propiedades es precisamente éste: que nos es prácticamente desconocido. Mientras que el espíritu se muestra transparente al análisis, el cuerpo se oculta a la conciencia en la mayor parte de sus propiedades y procesos. Sólo puede considerarse parte del Yo, en consecuencia, aquella parte del cuerpo de la que poseemos conciencia inmediata; el resto debe ser referido a la *Naturaleza*, desde la cual debe por tanto enfocarse su estudio.

Las observaciones que realiza Giner sobre el cuerpo Humano se enmarcan, pues, en el concepto krausista de *Naturaleza*, de la cual viene a ser una especie de resumen armónico, un *microcosmos* <sup>18</sup>. En él se dan los mismos procesos dinámico (movimientos), químico (principalmente reacciones de descomposición) y orgánico de aquella <sup>19</sup>.

Pero junto al plano físico en que se desenvuelve la vida del cuerpo como ser sustantivo, los krausistas reconocen un plano antropológico y psíquico, plano de relación del cuerpo con el espíritu,

<sup>16</sup> LS 1, 66.

<sup>17</sup> LS 1, 20.

<sup>18</sup> LS 1, 31.

<sup>19</sup> LS 1, 34-7.

en el que aquél aparece como órgano utilizado por éste para entrar en contacto con el mundo natural en que el cuerpo se desenvuelve<sup>20</sup>. En estas relaciones, el aspecto del cuerpo que adquiere un mayor relieve es el sistema nervioso cerebro-espinal o neuropsíquico, en su doble función: receptiva o *sensibilidad*, en cuanto transmite al espíritu los estados corporales; y reactiva o *motricidad*, en cuanto traduce en estado corporal y plasma en la naturaleza las incitaciones del espíritu.

3. Ello nos lleva a la tercera gran cuestión de las tratadas en la Psicología General gineriana: la de la *relación espíritu-cuerpo*, la aparición del *hombre*.

En opinión de los krausistas, el supuesto cartesiano de la heterogeneidad radical espíritu-cuerpo hacía estéril todo intento de establecer entre ellos comunicación o punto de contacto alguno. De ahí la idea de que una misma esencia debía fundar al mismo tiempo lo espiritual y lo material, lo cual les conducía a una concepción de la materia, más inspirada en Leibniz que en Descartes, como un conjunto de *fuerzas* en actividad. El cuerpo, a su vez, lejos de concebirse como un autómatas, se entiende más bien como un *organismo vivo* con propiedades, tendencias y funciones análogas a las del espíritu.

Espíritu y cuerpo, pues, no son realidades absolutamente heterogéneas e inconciliables, sino seres dotados de propiedades comunes, lo cual hace posible su unión. Ambos poseen, en efecto, esencia, forma, existencia; ambos tienen vida y actividad. No hay más propiedades en uno que en otro, sino que puede observarse en ambos un desarrollo paralelo que debe interpretarse como signo de su cooperación y armonía. Las diferencias entre ambos son una mera cuestión de grado: las mismas cualidades se hallan repartidas en cada uno de distinta forma. Así, por ejemplo, la actividad es una propiedad común, aunque en el espíritu se despliegue de una manera independiente y en el cuerpo lo haga en solidaridad con los procesos naturales; espontaneidad y receptividad se dan también en ambos, aunque el cuerpo esté mejor organizado para la receptividad y el espíritu para la espontaneidad; y así sucesivamente con todas las propiedades de uno y de otro<sup>21</sup>. Espíritu y cuerpo, pues, se conciben como organismos en los que se da una semejanza fundamental de la que derivan después sus diferencias y a la que se acude para explicar la unión y correspondencia entre lo psíquico y lo corporal<sup>22</sup>. Su

<sup>20</sup> LS 1, 48-51.

<sup>21</sup> TIBERGHIEU, G., *Psychologie. La science de l'ame dans les limites de l'observation*, Bruxelles: Librairie polytechnique de Decq, 1862, p. 17.

<sup>22</sup> AHRENS, H., *Curso de Psicología* (2 vols.), trad. G. Lizarraga, Madrid, Librería de D. Victoriano Suárez, 1873, I, p. 188.

fundamentación en una esencia común, en la que coinciden antes de manifestarse diferentes, garantiza su comunicación.

Ahora bien, cómo se articula exactamente esta comunicación es algo que, como era previsible, dista mucho de estar claro, y sobre lo cual no parece darse un acuerdo unánime entre los propios pensadores krausistas. Giner no llega a entrar directamente en el problema de la articulación de las relaciones espíritu-cuerpo, y hay que entresacar sus ideas de las diversas y no muy consecuentes referencias que hace de pasada al tema. Por un lado, parece aceptar una especie de interacción<sup>23</sup> entre espíritu y cuerpo, lo que sería defendible una vez salvado el escollo de la radical heterogeneidad de ambos; por otro lado, sin embargo, rechaza lo que él llama la «doctrina del mutuo influjo»<sup>24</sup>. Su declaración más explícita sobre esta cuestión consiste en la afirmación de la «compenetración y enlace» o «unión orgánica» entre lo corporal y lo espiritual<sup>25</sup>. Pero en qué consiste esto es algo que, por desgracia, queda sin explicitar suficientemente.

En todo caso, la unión de espíritu y cuerpo es para los krausistas un hecho de conciencia que hay que admitir aunque no se sepa explicar<sup>26</sup>. Se manifiesta, en efecto, en una serie de relaciones *constantes* entre ellos, como las que se revelan en el cuidado que el espíritu tiene del cuerpo al ocuparse de su régimen de alimentación y del mantenimiento y restablecimiento de las fuerzas corporales; o en las posibilidades y límites que el cuerpo impone a la vida espiritual, abriéndole las puertas de la naturaleza y dificultando su acción con defectos físicos, enfermedades y muerte. Espíritu y cuerpo mantienen también unas relaciones *periódicas* que se manifiestan en los estados de vigilia y sueño y se explican por el predominio sucesivo y relativo de las dos propiedades características de la acción de los seres vivos: la espontaneidad y la receptividad. Las relaciones espíritu-cuerpo pueden ser también *anormales*, dando lugar a dos tipos de fenómenos extremos: el sonambulismo y la locura<sup>27</sup>.

#### IV. La Psicología Especial

El análisis del Yo en las partes relativamente opuestas —espíritu y cuerpo— que componen armónicamente la realidad humana cons-

<sup>23</sup> Cosa que, por otra parte, admiten otros pensadores krausistas sin reservas. Cfr., por ejemplo, AHRENS, H., *op. cit.*, I, p. 82.

<sup>24</sup> LS 1, 52.

<sup>25</sup> LS 1, 52.

<sup>26</sup> TIBERGHJEN, G., *op. cit.*, p. 20.

<sup>27</sup> LS 1, 55-8.

tituye para Giner un primer acercamiento científico al tema del alma: la parte general de su psicología o Psicología General. Ahora bien, la esencia espiritual, como hemos visto, se expresa o despliega temporalmente, y lo hace en una serie de determinaciones que pueden agruparse en tres tipos: el conocer, el sentir y el querer, cuyo estudio abre una nueva etapa en la investigación psicológica: la Psicología Especial.

1. El *conocer* expresa la relación de presencia de un objeto ante el espíritu, de la cual éste es consciente. El conocer (como el sentir y el querer) se revela a la reflexión de tres maneras distintas y complementarias: como *posibilidad* de formar conocimientos; como *actividad* productora de los mismos sobre el vago «darse cuenta» en que consiste la primera conciencia que el espíritu toma de los objetos; y como *estado* de conocimiento o conocimientos efectivos y temporales en que se despliega la posibilidad y actividad de conocer<sup>28</sup>.

En tanto que *posibilidad* o facultad de conocer (la facultad intelectual), el espíritu se manifiesta a su vez como un *organismo de facultades* cognoscitivas, ya que el conocimiento verdadero de un objeto obliga a pensar éste de muy diversos modos, cada uno de los cuales es susceptible de ser pensado por separado. Las facultades que integran orgánicamente la facultad intelectual aparecen clasificadas en las *Lecciones Sumarias* en dos grandes grupos: facultades intelectuales *inmediatas*, que hacen posible el conocimiento inmediatamente, como causa directa suya, y las *mediatas*, mera condición del mismo, que precisan la intervención de aquellas. Las primeras admiten una segunda división, según que se ejerciten sobre conocimientos ya formados (*entendimiento y memoria*) o sobre los objetos de pensamiento mismos, proporcionando los datos que precisan las anteriores para desarrollarse (*razón y fantasía*). Las segundas están constituidas por los *sentidos corporales*<sup>29</sup>.

En tanto que *actividad*, el conocer presenta dos aspectos, según que se contemple desde las determinaciones que recibe de parte del sujeto (*funciones* del pensamiento) o desde las que recibe del objeto (*operaciones* lógicas). Las primeras incluyen la *atención* o dirección hacia el objeto con intención de fijarlo o reflejarlo de alguna manera; *percepción* o captación del objeto atendido; y *determinación* o aplicación sucesiva de la atención y la percepción a todos los aspectos de la realidad objetiva<sup>30</sup>. Las segundas están constituidas por el *concepto* o consideración del objeto en sí mismo; el *juicio* o cono-

---

<sup>28</sup> LS 1, 102-3.

<sup>29</sup> LS 1, 106-32.

<sup>30</sup> LS 1, 116-8.

cimiento del objeto en sus relaciones consigo mismo y con otros objetos; y el *raciocinio* o conocer de las relaciones entre los juicios<sup>31</sup>.

En tanto que *estado* de conocimiento o conocimiento efectivo y concreto, el conocer puede ser clasificado de acuerdo con los grandes modos de existencia que ofrece lo conocido: inmutable y permanente, objeto del conocimiento *ideal*; mudable e histórico, objeto del conocimiento *experimental*; combinación de ambos, permanente y mudable, objeto del conocimiento *compuesto* (o ideal-sensible); y, finalmente, el conocimiento *absoluto*, cuyo objeto es el modo de existencia que todo objeto posee antes de cualquier escisión interior en modos particulares de existir<sup>32</sup>.

El grado máximo de la actividad de conocer, aquel en que el conocimiento adquiere su mayor plenitud y perfección y al que se orienta la acción de las diversas facultades intelectuales, es el *conocimiento científico* o *ciencia*. Se distingue de todos los demás por sus caracteres de *verdad* (conformidad del conocimiento con el objeto conocido), *certeza* (conciencia de esa verdad) y *sistematicidad* («orden y riguroso enlace interior de todo lo particular del conocimiento, bajo la unidad de la ciencia misma, como el todo de este orden de la realidad»)<sup>33</sup>. Su análisis pone punto final al estudio gineriano del conocer.

2. El análisis gineriano del *sentir* sigue la misma pauta que el del conocer. Frente a la relación de presencia o enfrentamiento sujeto-objeto que caracterizaba la relación cognoscitiva, el sentir se caracteriza más bien por la adhesión o interpenetración de ambos; que tienden a perder su individualidad y a constituir un todo superior que los abarca sin distinción, confundidos y compenetrados<sup>34</sup>.

El sentir, como el conocer, se revela primero como mera posibilidad de producir estados de sentimiento, esto es, como *facultad* originante de sentimientos efectivos y temporales. Pero lo hace también como *actividad* que verifica el tránsito de la pura posibilidad a la facticidad concreta. Esta, como la actividad cognoscitiva, se despliega en una serie de funciones y operaciones. Son *funciones* del sentir la *inclinación* o *interés*, primer movimiento que realiza el sujeto para intimar sentimentalmente con el objeto; la *emoción* o adhesión del espíritu al objeto de su inclinación; y la *penetración* o *posesión*, resultado de la combinación de las funciones anteriores, grado máximo de la relación sentimental, que expresa la consolidación o identificación más plena entre sus dos términos. Las *operaciones* del

<sup>31</sup> LS 1, 120-4.

<sup>32</sup> LS 1, 126-39.

<sup>33</sup> LS 1, 151.

<sup>34</sup> LS 1, 153.

sentir, por su parte, son también de tres tipos: el *sentimiento simple* o *elemental* consiste en la recepción del objeto antes de distinguir en él parte o relación alguna; el *sentimiento de relación* supone la adhesión del sujeto a todas las partes y aspectos relacionales del objeto; y el *sentimiento compuesto*, que se refiere a la «unión del sujeto con el objeto en todo el sistema de relaciones de éste, constituyéndose por tanto el sentimiento en esta operación orgánicamente, sometiendo cada afecto particular al superior y todos a un sentimiento supremo, expresión de la unidad absoluta de la realidad»<sup>35</sup>. En su determinación última, el sentir se concreta en unos *estados* efectivos de sentimiento, clasificables según múltiples criterios que sería demasiado largo consignar aquí<sup>36</sup>.

El estudio gineriano del sentir concluye con una reflexión sobre el *sentimiento estético* que constituye el grado máximo de perfección de la facultad de sentir y que consiste en la relación sentimental que se establece entre el espíritu y las cosas en razón de la belleza como propiedad de éstas<sup>37</sup>. La belleza, por otra parte y de acuerdo con la estética krausista, no es un asunto opinable que dependa del «gusto» del sujeto, sino que es una propiedad objetiva, como la verdad y el bien, que hace referencia a la «armonía interior del objeto percibida por el espíritu, en tanto que siendo éste en sí también un organismo real, muestra perfecta correspondencia con aquél»<sup>38</sup>. La actividad que tiene por finalidad exclusiva la realización de la belleza recibe el nombre de *arte estético*, cuya forma primordial es el *arte de la vida*, en tanto que ésta debe ser efectuada bella y orgánicamente.

3. El mismo esquema expositivo que en el conocer y el sentir es repetido por Giner en el *querer*. Lo decisivo de esta propiedad del espíritu es que su objeto lo constituyen los propios actos espirituales: sólo se quiere de modo inmediato la realización de acciones determinadas. Como el conocer y el sentir, el querer puede considerarse como facultad, como actividad y como estado del espíritu. En cuanto actividad se despliega, como las anteriores, en una serie de funciones (predisposición, propósito y resolución) y operaciones (voliciones simples, complejas y orden de voliciones)<sup>39</sup>. También los estados de la voluntad pueden clasificarse de acuerdo con criterios múltiples, y de nuevo ofrece aquí Giner una clasificación sumamente prolija en la que no creemos de interés entrar<sup>40</sup>.

<sup>35</sup> LS 1, 156.

<sup>36</sup> LS 1, 161-7.

<sup>37</sup> LS 1, 167.

<sup>38</sup> LS 1, 169.

<sup>39</sup> LS 1, 186-7.

<sup>40</sup> LS 1, 187-91.

La actividad voluntaria culmina en el orden ético, nivel propio de la *voluntad moral*, en el que desemboca el estudio gineriano del querer<sup>41</sup>. La psicología de Giner se asocia en este punto a cuestiones que no son, en rigor, psicológicas sino éticas, sobre las cuales tiene, sin embargo, mucho que decir. Porque desde el momento en que el orden moral es recibido por la voluntad para su realización, constituye un *estado* del espíritu del que la psicología debe, en consecuencia, ocuparse. Así lo entendía ya Sanz del Río cuando, en unas lecciones de ética que no llegó a publicar, introducía cada tema con un resumen de las nociones psicológicas que consideraba presupuestas en él<sup>42</sup>; y otro tanto ocurre con el resto de los autores krausistas que escriben sobre temas éticos. El estudio gineriano del querer concluye, pues, en la voluntad moral como grado máximo que puede alcanzar esta facultad en la vida, de la misma manera que el estudio del conocer concluía en el del conocimiento científico y el del sentir en el del sentimiento estético, grados máximos también, a su vez, de sus respectivas facultades.

## V. La Psicología Orgánica

Llegamos así a la tercera parte de la psicología gineriana, la Parte o Psicología Orgánica, en la que Giner pretende examinar la manera en que las propiedades particulares de conocer, sentir y querer se articulan como miembros de la armónica totalidad en que el espíritu consiste. Ello se lleva a cabo en los dos planos en que dicha articulación se manifiesta: el *universal*, en el que se realiza de modo idéntico en todo espíritu finito; y el *individual*, en el cual se expresa diversamente en cada uno.

1. Por lo que se refiere al primero, la psicología gineriana presenta el espíritu como un *organismo* en el que las distintas propiedades espirituales se hallan *subordinadas* con respecto al espíritu mismo que las contiene y abraza (es el espíritu mismo quien conoce, siente y quiere) y *coordinadas* entre sí<sup>43</sup>. Coordinación, por su parte, que no consiste en una mera yuxtaposición, sino que se realiza como *referencia recíproca* (cada facultad se refiere a las otras dos), *reflexividad* (cada una se refiere también a sí misma) y *condicionalidad* (la determinación y desarrollo de cualquiera de ellas depende de la

<sup>41</sup> LS 1, 194.

<sup>42</sup> SANZ DEL RÍO, J., Manuscritos inéditos conservados en la Real Academia de la Historia, serie A, carpeta 20.

<sup>43</sup> LS 1, 200.

determinación y desarrollo de las demás)<sup>44</sup>. Esta condicionalidad recíproca de las facultades que Giner destaca como uno de los aspectos importantes de la relación entre ellas se halla claramente en la línea del intento que llevará a cabo la psicología diferencial posterior de reconstruir empíricamente (factorialmente) las interrelaciones de facultades y procesos, estados y propiedades. Aunque a un nivel puramente especulativo, puede verse en la tradición krausista que Giner recoge un anticipo sumamente interesante de la psicología diferencial en un momento en que aún estaba muy lejos de hallarse consolidada como rama de la psicología.

El alma alcanza su perfección cuando el desarrollo de estas tres propiedades, conocer, sentir y querer, resulta proporcionado, esto es, cuando se den en ella el equilibrio de todos los elementos que integran su vida. La armonía o equilibrio del alma se patentiza desde cualquiera de sus propiedades manifestándose como *sabiduría*, desde el punto de vista del conocer, como *amor* desde el del sentir, y como *bondad* desde el del querer. La *belleza* del alma consiste, así, en la plena armonía de sus facultades<sup>45</sup>.

2. La psicología gineriana, que tan fiel pretendía ser a los datos de la observación, no podía quedarse en meras consideraciones aplicables a todos los espíritus en general: necesariamente tenía que reparar en el hecho de las diferencias individuales, abordar la descripción de los rasgos que distinguen a unos espíritus de otros, e intentar dar razón de ellos.

Pues bien, según Giner, los espíritus finitos difieren por el modo peculiar en que se da en cada uno la esencia espiritual que les es común a todos. Porque las diversas propiedades del espíritu se unen e interpenetran constantemente en su vida sin llegar nunca a realizar plenamente el equilibrio a que aspiran, y es de estas múltiples combinaciones de donde surgen las diferencias individuales. Algunas de estas diferencias son el resultado de combinaciones tan fugaces que la ciencia no puede ocuparse de ellas; sólo las que resultan de combinaciones permanentes o habituales pueden ser consideradas por la psicología. La experiencia descubre, en opinión de Giner, cuatro factores principales de diferenciación espiritual: el *sexo*, el *carácter*, el *temperamento* y la *aptitud*, factores que en las lecciones gineriana se estudian con algún detenimiento, configurando así un esbozo de psicología diferencial<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> LS 1, 200-1.

<sup>45</sup> LS 1, 204-5.

<sup>46</sup> LS 1, 212-9.

VI. *Un apéndice sobre el lenguaje*

Las *Lecciones sumarias de Psicología* se cierran con un «Apéndice sobre el lenguaje». Es sabido que Krause sintió una profunda preocupación por el lenguaje, que aparece en sus *Lecciones sobre Antropología Psíquica* considerado como el «testimonio de toda la vida espiritual»<sup>47</sup>. Pero cuál fuera el lugar que correspondía al tema dentro de la doctrina del espíritu no debía estar muy claro ya que, bien desaparece por completo de los tratados psicológicos de la escuela (es el caso de los fundamentales de Ahrens y Tiberghien), bien, cuando aparece, lo hace como un apéndice a la ciencia del alma. Esto es lo que ocurre en las *Lecciones* de Giner, quien, por otra parte, se ciñó en esta cuestión a las directrices marcadas por su maestro Sanz del Río en un *Programa de Psicología* redactado para la segunda enseñanza<sup>48</sup>.

El lenguaje, leemos en la primera edición de las lecciones ginerianas, es y no es, al mismo tiempo, un tema del que la psicología deba ocuparse; de ahí su ambigua condición de apéndice. No lo es, en cuanto que la expresión lingüística implica elementos ajenos a la consideración psicológica; lo es, sin embargo, en la medida en que lo que el lenguaje humano expresa de forma inmediata es la naturaleza misma del espíritu (si bien, a través de ésta, el lenguaje puede tener como objeto la realidad toda). La relación que existe entre la manifestación exterior del lenguaje (lo expresante, cuya forma principal es la palabra) y su objeto (lo expresado) es, por lo demás —según Giner—, una relación de estricta correspondencia: las palabras son el medio de expresión espiritual de un objeto cualquiera, y se combinan entre sí de modo análogo al de las ideas, constituyendo el lenguaje como un organismo o sistema de signos perfectamente isomórfico con ellas<sup>49</sup>.

VII. *¿Hacia una psicología positiva?*

Como puede apreciarse, la psicología expuesta en la primera edición de las *Lecciones* ginerianas era una psicología sistemática que respondía a los planteamientos netamente filosóficos e idealistas de la filosofía krausista. En la segunda edición, sin embargo, Giner pretendía incorporar los «progresos» de las nuevas corrientes de la psi-

<sup>47</sup> KRAUSE, K. C. F., *Vorlesungen über die psychische Anthropologie*. Herausgegeben von Dr. H. Ahrens, Göttingen: In Commission der Dietrich'schen Buchhandlung, 1848 (Lección 7, pp. 262-75).

<sup>48</sup> SANZ DEL RÍO, J., *Programas de Segunda Enseñanza. Psicología, lógica y ética*. Madrid: Imp. de M. Galiano, 1862 (p. 24).

<sup>49</sup> LS 1, 221-6.

ciencia europea, en la creencia de que éstos eran «perfectamente compatibles» con la perspectiva doctrinal adoptada en la edición anterior. ¿Cuáles eran los «progresos» a los que se refería Giner, y hasta qué punto resultaban efectivamente «compatibles» con el idealismo krausista defendido en 1874? ¿Qué balance arroja, en definitiva, una comparación detenida de ambas ediciones?

Según el propio Giner, la segunda edición de sus lecciones introduce innovaciones de tres tipos: en primer lugar, *reduce* «casi una tercera parte» la extensión de la edición anterior; en segundo lugar, *completa* «muchas de sus lagunas»; por último, *aclara* «un tanto el lenguaje»<sup>50</sup>. La comparación que se realice, pues, deberá atender principalmente a estos tres órdenes de cuestiones: determinar a qué se debe la mayor brevedad de la edición del 77, esto es, qué temas son excluidos de ella y qué interpretación cabe dar a su ausencia; presentar los temas que la nueva edición añade; y recoger aquellas variaciones del texto que, destinadas a proporcionar una mayor claridad expositiva, comportan además cambios significativos en las posiciones sustentadas anteriormente por el autor. Porque el proceso de clarificación que sufren las *Lecciones* no es sólo una cuestión lingüística o estilística, sino que a menudo se convierte en una cuestión *temática*: las aclaraciones se logran, en no poca medida, mediante la supresión lisa y llana de algunos de los temas más difíciles.

Resumiendo aquí los resultados de la minuciosa comparación realizada, y destacando de ella sólo los rasgos a nuestro juicio más significativos, las diferencias entre las dos ediciones de las *Lecciones Sumarias* podrían condensarse quizá en los siguientes puntos.

1. Entre los cambios de ordenación que sufre el texto de la edición de 1877 por referencia a la edición anterior, sólo el relativo al lenguaje parece responder a un auténtico cambio de concepción acerca del tema, y no meramente a conveniencias de tipo expositivo o didáctico. Esta diferencia de consideración, por otra parte, no afecta sino al lugar que ocupa en las *Lecciones* —de mero apéndice final pasa a formar parte preeminente de la Psicología General, integrándose en la cuestión más amplia de las relaciones espíritu-cuerpo— sin que ello comporte, por lo demás, alteraciones significativas en su contenido.

2. De entre las cuestiones que la segunda edición incorpora como novedades frente a la primera, nos parecen especialmente dignas de destacar:

a) Las orientadas hacia una mayor profundización de las relaciones cuerpo-espíritu. En cada una de las tres partes de las *Lecciones*

<sup>50</sup> LS 2, VIII.

se constata alguna innovación en este sentido, y es precisamente en ellas donde Giner revela mejor su intento de aproximación a los enfoques propios de la nueva psicología científica. Especialmente destacable es el capítulo sobre la «vida del espíritu en relación con el cuerpo», un capítulo casi enteramente nuevo que constituye una de las aportaciones más notables de la segunda edición de las lecciones ginerianas. En él se acentúa la dimensión fisiológica del problema, subrayando la importancia del sistema nervioso<sup>51</sup>, así como el momento propiamente fisiológico de la sensibilidad<sup>52</sup>. Se recoge asimismo la problematicidad de cuestiones candentes de la nueva psicofisiología tales como la velocidad de transmisión del impulso nervioso<sup>53</sup> y la «localización de las facultades anímicas»<sup>54</sup>. Se distingue también entre la cualidad y la cantidad sensoriales, mencionando, en relación con esta última, el tema de los umbrales sensoriales y la ley de Weber-Fechner en una de las escasísimas referencias explícitas a los hallazgos de la nueva psicología<sup>55</sup>. En la mayor parte de las ocasiones, por el contrario, el acercamiento gineriano a ésta no pasa de alusión velada. Así, el llamar «específicas»<sup>56</sup> al tipo de sensaciones que en la primera edición denominaba «particulares» pudiera ser un eco de la teoría de la energía específica de los nervios, de Johannes Müller; la mención de la existencia de sensaciones musculares<sup>57</sup>, un implícito reconocimiento de las investigaciones sobre el sentido muscular realizadas por Bell, Müller, Weber y tantos otros; la afirmación de que algunos fenómenos de magnetismo animal «parecen hallarse autorizadamente comprobados»<sup>58</sup>, un tributo al reconocido prestigio de Charcot, cuyas investigaciones sobre el tema se recogían por entonces en los *Anales de Ciencias Médicas*<sup>59</sup>, etc., etc.

b) Las destinadas a mostrar la proyección pedagógica de la psicología. Giner manifiesta, por ejemplo, preocupación por el tema de la «fatiga mental» en la referencia que hace a lo que él llama «ley de la alternativa entre el *trabajo* y el *descanso*»<sup>60</sup>; tema de eminente aplicación pedagógica que empezaba por entonces a atraer la atención de los psicólogos interesados en cuestiones educativas. Asimismo se refiere en la nueva edición al papel esencial que desempeña la

---

<sup>51</sup> LS 2, 63.

<sup>52</sup> LS 2, 65.

<sup>53</sup> LS 2, 66.

<sup>54</sup> LS 2, 67.

<sup>55</sup> LS 2, 69.

<sup>56</sup> LS 2, 69.

<sup>57</sup> LS 2, 70.

<sup>58</sup> LS 2, 84.

<sup>59</sup> *Anales de Ciencias Médicas* (1877): 229 y (1878): 163, 414 y 542.

<sup>60</sup> LS 2, 56.

educación en acelerar o retrasar las edades del espíritu, y a la posibilidad de corregir los defectos, tanto corporales como anímicos, del individuo<sup>61</sup>. Como es sabido, las cuestiones educativas habían pasado a ocupar desde 1876 el primer plano de los intereses de Giner. Muchas de las ideas pedagógicas ginerianas no son sino una consecuencia de toda una serie de concepciones psicológicas previas; y la Institución Libre de Enseñanza, donde aquellas ideas van a ir poco a poco cobrando forma, muy pronto se hará eco, desde las páginas de su *Boletín*, de las posibilidades inmensas de aplicación que posee la psicología en el ámbito de la educación.

c) Las que inciden sobre la cuestión de las dimensiones sociales del hombre<sup>62</sup>, que enlazan con otras que Giner abordará posteriormente. La referencia a la dimensión social del espíritu apunta ya, en efecto, en la dirección en que sus trabajos sobre *La persona social* habrían de incidir con más detalle. El interés de Giner por las cuestiones sociales y su vinculación con el campo de la psicología es reconocido por éste en aquella obra y se enmarca dentro del clima general de recepción española de las corrientes positivas a partir de 1875, que en muchos krausistas y krausopositivistas (el propio Giner, Azcárate, Sales y Ferré, Posada...) adoptó la forma de esfuerzo por introducir en nuestro país las aportaciones más sobresalientes de la nueva ciencia sociológica.

3. Finalmente, por lo que hace a las omisiones de la segunda edición, si se exceptúa la del singular papel que la fantasía desempeñaba en la primera (que se consideraba allí como el medio más adecuado por parte del espíritu para poner en contacto a éste con el cuerpo, así como el sistema neuro-psíquico lo era por parte de este último), y que parece apuntar a la renuncia gineriana a una posición típicamente krausista, las demás responden aparentemente a dos objetivos fundamentales:

a) El de descargar un texto elemental de psicología de matices, subdivisiones, discusiones críticas y referencias bibliográficas, cuya complejidad o prolijidad los hacía inadecuados para una obra de estas características.

b) El de despojarlo en lo posible de cuestiones no estrictamente psicológicas (metafísicas, gnoseológicas, epistemológicas, lógicas, éticas y estéticas) que abundaban en la primera edición y que, acaso por la conciencia más clara que Giner, en contacto ahora con los «nuevos desarrollos» de la psicología europea, había ido adquiriendo

<sup>61</sup> LS 2, 198.

<sup>62</sup> LS 2, 87, 202, 206 y 208.

acerca del ámbito propio de la ciencia psicológica, estaban en la segunda fuera de lugar.

En suma, pues, el resultado más notable de nuestra comparación acaso sea el hecho de que ninguna de las modificaciones observadas en la segunda edición parezca comportar un cambio profundo de orientación en el pensamiento psicológico gineriano. Encontramos, sí, la incorporación de hallazgos que iban siendo moneda corriente en la psicología de la época, así como la acentuación de aspectos que enlazaban con los intereses predominantes de nuestro autor hacia 1877. Pero, al mismo tiempo, hallamos la pervivencia de los principios básicos, determinantes de un enfoque que permanece anclado en los planteamientos especulativos e idealistas de 1874. Preciso es tener esto bien presente a la hora de realizar una valoración que pretenda hacer justicia a la psicología de Giner de los Ríos.

#### VIII. *Las «Lecciones Sumarias» y la «nueva psicología»*

Consideradas globalmente, pues, las lecciones ginerianas se revelan como expresión de una doctrina que tiene su raíz en los planteamientos metafísico-especulativos del idealismo krausista, y que evoluciona posteriormente hacia concepciones más próximas a los enfoques naturalistas de la psicología de la época. La atención que Giner prestaba en 1877 a temas tales como el «momento fisiológico» de la sensibilidad, por no citar sino uno de los ejemplos que cabe entresacar de la comparación que antecede, apunta precisamente en esa dirección.

Ahora bien, si las modificaciones que la segunda edición comporta parecen significar, en general, un intento de puesta al día de las lecciones de cara a los desarrollos que estaba experimentando por entonces la psicología fuera de España, no es menos cierto, sin embargo, que las variantes que se observan no alteran para nada sus planteamientos fundamentales, y que, en 1877, las *Lecciones Sumarias* continuaban siendo, en lo esencial, tan krausistas como tres años antes. Seguimos estando, en efecto, ante una psicología que afirma la realidad del espíritu (a la que se accede en virtud de la intimidad o conciencia de sí mismo que éste posee en todo momento) como fundamento explicativo de los fenómenos psíquicos en su triple manifestación cognoscitiva, sensitiva y volitiva. Las variantes entre ambas ediciones, por consiguiente, afectan a la actualización de los datos, a la noticia de los *hechos* que las nuevas corrientes psicológicas, en sus investigaciones particulares, habían ido estableciendo como tales o, simplemente, como objeto de controversia; quedaban, no obstante, inmovibles los *principios*, las concepciones y planteamientos de fondo.

1. No parecía posible otra cosa. La nueva psicología experimental que Wundt había consolidado se oponía en algunos aspectos esenciales a la que los krausistas propugnaban, y Giner no podía adoptarla sin abdicar previamente de todo el ideario filosófico que había sustentado su actividad privada y pública, que había reemplazado, incluso, a su fe religiosa. La oposición radicaba, a nuestro juicio, en el modo fundamentalmente diverso de entender el objeto mismo de la psicología. Para Wundt, en efecto, se trataba de explicar la experiencia inmediata (conciencia) concebida como un conjunto de fenómenos psíquicos: para establecer la psicología como nueva disciplina científica entendida al modo positivo había que desvincularla de sus hipotéticos substratos metafísicos, de modo que la investigación psicológica sólo atendiera a la pura fenomenalidad de los hechos psíquicos. Desprovistos éstos de su substrato permanente, se mostrarían como «acontecimientos y no cosas; ocurren, como todos los acontecimientos, en el tiempo, y no son jamás, en un momento dado, los mismos que en el momento precedente»<sup>63</sup>. Este carácter de constante movilidad otorgaba un enorme «valor típico» a los procesos volitivos para la comprensión de todos los demás: «por la analogía del proceso volitivo, debe interpretarse todo otro proceso psíquico; esto es, cual un hecho que siempre muda en el tiempo»<sup>64</sup>.

A la vista salta que semejante concepción de la psicología no resultaba integrable en los planteamientos krausistas de Giner. Los puntos de enfrentamientos eran múltiples. Para empezar, el fenomenismo defendido por la psicología wundtiana suponía hacer de esta ciencia lo que los krausistas llamaban una «ciencia histórica», una ciencia de hechos, de lo individual y concreto, cuando desde un comienzo habían recabado para ella el carácter de «ciencia filosófica», esto es, de lo inmutable y permanente de su objeto. Lo cual, claro está, no equivalía a negar los hechos que fuera revelando la investigación empírica, ni tampoco el constante fluir de los mismos, sino a rechazar la interpretación que de ellos hacía la nueva psicología wundtiana: desde la perspectiva krausista no cabía ver los hechos psíquicos sino como estados mudables de una realidad permanente y subyacente a ellos, el espíritu, sólo por referencia a la cual podían éstos explicarse. A la tesis fenomenista del wundtismo, por consiguiente, Giner oponía una tesis sustancialista, una afirmación, en definitiva, metafísica que había heredado del krausismo anterior.

La concepción del objeto de la psicología determinará también la naturaleza misma de la explicación psicológica. Para Wundt, «cuando

---

<sup>63</sup> WUNDT, W., *Compendio de Psicología*. Trad. J. González Alonso. Madrid: La España Moderna, S. A. (p. 26).

<sup>64</sup> *Ibidem*.

se reconoce la *inmediata* realidad de la experiencia psicológica, se excluye por sí mismo el estudio de la derivación de determinadas partes del proceso psíquico de otras que del mismo difieren específicamente»<sup>65</sup>. Esto es, las mismas razones que pueden esgrimirse para desautorizar las explicaciones de tipo metafísico abonan igualmente el rechazo de explicaciones fisiológicas o físicas en psicología: sólo explicaciones obtenidas al propio nivel del psiquismo deben resultar aceptables. Aquí tiene su raíz la concepción wundtiana de la conciencia como estructura formada a partir de ciertos elementos psíquicos (sensaciones y sentimientos) cuyas combinaciones dan razón de los procesos más complejos de la experiencia. Para Giner, por el contrario, no se trataba de explicar unos hechos psíquicos por otros más simples, sino de reconocer la espontaneidad y causalidad del espíritu en la determinación de su propia esencia. Al «atomismo emergente» de Wundt, por el que se buscaba la explicación de los procesos psíquicos más complejos a partir de sus componentes elementales, se contraponen lo que podríamos llamar un «totalismo descendente», una concepción del espíritu como ser unitario que no se deja explicar por la sucesión o composición de sus estados, de los cuales, antes bien, se erige él mismo en razón explicativa.

Los estados o hechos psíquicos, además, responden en la psicología de Giner a tres dimensiones del espíritu (conocimiento, sentimiento y voluntad) perfectamente identificables y dotadas cada una de una función característica. De ello parece derivarse la necesidad de que cada cual sea entendida en su propia esfera, y el hecho de que ninguna de ellas resulte, por tanto, particularmente esclarecedora para la comprensión de las otras. El singular valor típico que Wundt reivindicaba para la voluntad choca, pues, con la apreciación gineriana de la coordinación de las facultades. La estructura del psiquismo (si es que es posible utilizar este término para referirse a la posición krausista) que se deriva de una tal concepción de la psicología nada tenía que ver con la wundtiana. Se trataba, más bien, del reconocimiento de una trabada urdimbre en la que, desde la propiedad esencial y permanente hasta el estado más fugaz, todo lo psíquico se mostraba articulado bajo la suprema unidad orgánica del espíritu.

2. Ahora bien, si de lo expuesto en esta sintética referencia comparativa entre algunos principios fundamentales de la psicología de Giner y de la nueva psicología wundtiana podría desprenderse un enjuiciamiento negativo de aquélla, en la medida en que sus supuestos básicos se oponían a lo que la historia posterior ha mostrado como paso decisivo en la configuración de la psicología contemporánea, no

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 27.

es menos cierto que, en contrapartida, la posición gineriana mostraba no poca afinidad con algunas de las nuevas tendencias que, también en franco desacuerdo con el enfoque de Wundt, fueron surgiendo posteriormente en psicología. Porque la psicología de Giner venía a acentuar precisamente los aspectos de espontaneidad y causalidad propias del espíritu; en suma, la dimensión activa y dinámica del psiquismo que la psicología de Wundt, al concebir la realidad mental como un resultado de elementos psíquicos que se combinan diversamente en virtud de unas pocas leyes asociativas básicas, terminaba por perder de vista. Las *Lecciones Sumarias*, por el contrario, ponían en primer término los conceptos de *vida* y *actividad* para caracterizar el alma humana, y era constante en ellas la referencia a los aspectos dinámicos de sus facultades.

Considerada desde este ángulo, la psicología gineriana parecía situarse en la línea del funcionalismo psicológico que iba cobrando forma en Europa y América a finales del siglo pasado como respuesta a la perspectiva de Wundt. Porque, en efecto, lo que caracterizaba fundamentalmente al punto de vista funcional en psicología era su especial interés en los problemas dinámicos derivados del reconocimiento de las dimensiones activas de lo psíquico. Como ha escrito Pinillos, la tendencia funcionalista, «en lugar de insistir sobre la descripción precisa de los elementos constitutivos de los estados de conciencia, se preocupaba más de estudiar la actividad mental con una actitud fenomenológica amplia»<sup>66</sup>; palabras que podrían igualmente aplicarse a la psicología de Giner, tanto por el énfasis de ésta en el lado activo de la vida psíquica como por la «actividad fenomenológica» con que se enfoca: la atención a los datos de conciencia quiso ser siempre el principio rector de la indagación psicológica y científica krausista.

Claro está que no todo eran semejanzas, y que calificar de funcionalista a la psicología de Giner sería, sin duda, forzar excesivamente la aproximación. Entre otros, el escollo metafísico se interponía entre ambas psicologías: el funcionalismo se inscribía dentro del marco positivista dominante en la ciencia del momento y evitaba, por tanto, en lo posible, comprometerse en afirmaciones metafísicas de cualquier tipo. Con todo, lo que nos parece indudable es que, entre el estructuralismo y el funcionalismo, «la tesis y la antítesis de las que, a través de vacilaciones y tanteos, había de surgir poco a poco la psicología contemporánea»<sup>67</sup>, era más bien en la dirección de este

---

<sup>66</sup> PINILLOS, J. L., *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: CSIC, 1962 (p. 111).

<sup>67</sup> *Ibid.*, 116.

último hacia donde la doctrina psicológica de las *Lecciones Sumarias* parecía apuntar.

La idea de que era ésta la vía que la psicología nueva ofrecía al pensamiento psicológico del krausismo español parece confirmarse, por otra parte, si reparamos en que el sentido funcionalista que, si quiera como larvado anuncio, se descubre en la obra de Giner, viene a hacerse patente sin reservas en la de otro autor krausista, José de Caso, asiduo colaborador de Giner y primer profesor de psicología en la Institución Libre de Enseñanza<sup>68</sup>. Y en que muchas de las traducciones al español de autores vinculados al funcionalismo europeo y americano sean debidas precisamente a miembros de dicha Institución. Así, por ejemplo, Domingo Barnés traduce los *Principios de psicología* de William James, uno de los principales inspiradores del movimiento funcionalista en América; otro tanto cabe decir de J. M. Baldwin, cuya *Historia del alma* vierte al castellano Julián Besteiro; este último prologa asimismo la *Introducción a la psicología experimental* de A. Binet, traducida por Angel do Rego; etc., etc. Así se explicaría también la numerosa inclusión de autores funcionalistas en el *Boletín* de la Institución Libre (Dewey, S. Hall, J. M. Baldwin, Bergson, Claparède, etc.), perfectamente natural, por lo demás, si se cae en la cuenta de que fue la psicología educativa una de las primeras ramas de la psicología aplicada cuya constitución y desarrollo fueron potenciados precisamente por el enfoque funcional.

## IX. Conclusión

De Giner se ha dicho que «se esforzó en hacer toda clase de generosas concesiones» al espíritu de su tiempo, «pero manteniendo recatada su alma»<sup>69</sup>. Estas palabras podrían haber sido escritas para su psicología, ya que a ella resultan máximamente aplicables. Las *Lecciones Sumarias*, en efecto, dieron cabida a un buen número de

<sup>68</sup> José de Caso y Blanco fue discípulo de Sanz del Río, de quien publicó, con el título de *Análisis del pensamiento racional* (Madrid: Imp. de Aurelio J. Alaria, 1877), los manuscritos correspondientes a los cursos impartidos por éste en 1862-3 y 1863-4. Ocupó la cátedra de «Sistema de la Filosofía», fundada por su maestro, de 1884 a 1926. Colaboró estrechamente con Giner, cuyos ideales pedagógicos compartía, y desempeñó funciones diversas en la Institución Libre de Enseñanza. Caso llegó a adoptar un punto de vista funcional como el medio más adecuado para introducir a alumnos de cinco y seis años en las cuestiones psicológicas fundamentales. Así lo manifiesta en su serie de artículos sobre «La enseñanza de la Antropología en la escuela». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (1883): 152-6, 187-90, 235-8, 285-7; (1884): 266-8; (1885): 125-6, 134-7.

<sup>69</sup> RIVERA PASTOR, F., «Nota preliminar» a Giner de los Ríos, F., *Obras Completas, VIII. La persona social. Estudios y Fragmentos*, Madrid: La Lectura, 1923 (p. VI).

cuestiones que revelan en su autor un interés grande por la psicología y un empeño considerable por estar informado e informar de sus adelantos más recientes. No obstante, la conservación del «retrato de su alma» le llevó a permanecer fiel a los principios filosóficos que las inspiraban. Cuando no se trató sino de incorporar datos empíricos a un cuerpo de doctrina ya formado, Giner se abrió sin reservas a las nuevas tendencias; cuando lo que estaba en juego eran cuestiones de fondo, su actitud se tornaba decididamente crítica.

Así, la psicología de Giner se manifiesta al lector de sus lecciones como una psicología filosófica, sistemática, introspectiva. Ninguno de estos rasgos resultaba del todo ajeno a la psicología que por entonces se hacía fuera de España. En las lecciones ginerianas se echa en falta, sin embargo, lo que parece haber sido la capital aportación a la historia de la psicología de aquellos nombres (Fechner, Helmholtz, Wundt...) con los que Giner abría la segunda edición de las mismas: el intento de aproximar la experimentación científico-natural a los problemas psicológicos, rompiendo así con una larga tradición de psicología puramente especulativa apegada a planteamientos filosóficos y metafísicos heredados de la vía cartesiana de la *res cogitans*. La pervivencia de los principios filosóficos krausistas parece haber constituido aquí un obstáculo insalvable: porque, como decía Giner de acuerdo con ellos, lo experimental hace referencia a la experiencia sensible, externa, pasajera, temporal; y la psicología, en tanto que ciencia filosófica, debía ocuparse de lo inmutable y eterno. Desde la perspectiva krausista en que Giner se hallaba instalado, la idea misma de un saber psicológico científico y, al mismo tiempo, experimental, resultaba contradictoria.

Esto no impidió a Giner, y merece la pena insistir en ello, realizar un importante esfuerzo por abrirse a las nuevas tendencias de la psicología científica de su época. Tal apertura, según se patentiza en la segunda edición de sus *Lecciones*, quedó casi exclusivamente en mera *información*. Pero, aún dentro de estos límites indudables, la información que Giner poseyó de algunos de los nombres e ideas más representativos de la nueva psicología científica favoreció, gracias a la poderosa influencia de su personalidad intelectual, la difusión de la misma, y hubo de propiciar la constitución en España de un clima general de conocimiento y acercamiento a sus nuevos planteamientos: otros pensadores de filiación krausista habrían de llevarlos a más cumplido efecto<sup>70</sup>, pero no puede negarse la decisiva contribución de las *Lecciones Sumarias* a que la psicología científica lograra finalmente abrirse paso en el ambiente cultural español.

---

<sup>70</sup> Ver LAFUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», citado ya más arriba.